

-Niño, nada se parece a lo de antes.

Después de acomodarse el viejo, el joven se coloca frente al viejo que remueve el culo sobre el sitio que ocupa en el banco, a la vez que se coloca el bastón entre las piernas, apoyando las dos manos en la empuñadura curvada y artesanal.

El joven, delgado, alto y con una evidente falta de atención por lo real, ensimismado con aquello que le pasa por la mente como los relámpagos que caen en las tormentas venidas de Monlora.

El abuelo, cansado pero vivo, con la piel llena de un tiempo que ya ha pasado y que ha ido dejando rúbricas intensas y marcadas, como las líneas de la vida. Las arrugas se multiplican por la piel blanquecina, arrasando en sus manos, en la frente, cualquier atisbo de juventud divina. La cabeza cubierta con un fino gorro de gris claro, con una ligera visera que no le tapaba el sol y en sus manos, un bastón casero de madera.

-Supongo que todo habrá ido a mejor.

-Depende.

-Ah, ¿sí? A mí me parece que ahora se vive mejor que cuando tú tenías mi edad.

-¡Por supuesto! ¡Sólo faltaría que hubiéramos ido hacia atrás! –El abuelo da unos pequeños golpes con el bastón en el suelo, como si quisiera coger aire. –Me refiero a otras cosas, a la forma de vivir. Si nosotros hubiéramos tenido las oportunidades que tenéis ahora vosotros, otro gallo nos hubiera cantado...

-Es lo que tiene perder la guerra.

-Eso y otras cosas, pero tampoco me refiero a eso. Lo que quiero decir es cuando te hablan de que antes se lo sabían pasar mejor y con menos, que había mejores fiestas o que con poco sabían no echar en falta lo que no se podía tener.

-No entiendo.

-Lo que te quiero decir es que hay quien echa la vista atrás y mira el pasado, lo que ha vivido, con mucha nostalgia, tanta que se creen que el pasado es mucho mejor que el presente, cuando no es verdad. No piensan en cómo hubiera sido nuestras vidas si hubiéramos tenido lo que tenía cualquier civilización libre y desarrollada.

-Eso es evidente.

-¡Claro que lo es! Sobre eso no hay duda.

El sol había calentado el asfalto de la carretera durante todo el día, de tal forma que se deja ver una cortina de vapor que se eleva hasta dos palmos del suelo y que desdibuja la vista, haciendo bailar todo lo que queda detrás. El viejo gira la cabeza hacia la izquierda, hacia la panadería de José, y luego hacia la derecha, hacia la gasolinera. Luego, como si fuera lo que parece ser una costumbre monótona y adquirida con el paso de los años, vuelve a dar golpecitos con el bastón en el suelo, coge aire y sin mirar a la cara del joven, quiso seguir hablando.

-Antes no hacíamos más que trabajar... ¡Aquello sí que era trabajar y no lo de ahora! ¡No hagas caso a los ‘tractoristas’! Entonces, te levantabas antes de que saliera el sol y llegabas a casa bien entrada la noche. Y eso si te iba medianamente bien porque había quien tenía que levantarse del sueño para apañar los abríus o incluso quien dormía con ellos.

-¿En la cuadra?

-Allí, largo en la paja y con el calor que desprendían los animales... Algunos te dirán que se agradecía y que para invierno no había mejor sitio para dormir...

-¡Ala! Me estás exagerando.

El abuelo se ríe y, por primera vez desde que había empezado la conversación, levanta la cabeza, como si quisiera mirar al joven sin dejar de sonreír.

Está sentado en el banco, recostado hacia delante, con los codos apoyados en las piernas y sujetando con las manos el bastón que caía justo entre los pies. Cuando habla, casi siempre echa la cabeza hacia el suelo y muy ocasionalmente la levanta sin intención de hacer nada más que no sea estirar la espalda y recostarse sobre la pared de piedra. Está claro, por cómo se comporta durante la tarde, al igual que todas las demás, que está convencido de que ya ha hecho todo en su vida y que sólo quiere dejar pasar el tiempo, con una amalgama de recuerdos y rutinarias costumbres necesarias.

-Todo era diferente. Cuando salías al casino o al baile los domingos te lo pasabas en grande: Pedías una botella de coñac y otra de anís y te sentabas con los amigos a beber y disfrutar de las únicas horas que se tenía de fiesta. Luego, ibas a bailar, a sacar a las mozas a bailar. Con eso ya nos conformábamos.

-Ahora ya no se baila. Bueno, sí que se baila pero ya no se hace agarrado: la gente brinca, se retuerce, empuja... pero lo de los tangos, los pasodobles, las rancheras mexicanas... eso nada.

-¡Eso que hacéis ahora no es bailar, chiquet!

-¡Eh!, que yo no bailo.

El abuelo parece molestarse por la interrupción.

-Entonces bailar era la única forma de poder relacionarte con las chicas. Era la única forma de buscar novia. Eso o ir a la Fuente Vieja.

-¿La fuente vieja? ¿Qué pasa con la Fuente Vieja?

El abuelo sonríe y vuelve a los golpecitos de bastón contra el suelo y piensa en cómo contarle al chaval que antes, cuando el agua no llegaba a las casas, ni existían los grifos que sueltan ahora un fuerte chorro de agua clara, las mujeres tenían que ir a la Fuente con los cántaros a por agua para casa.

-En la fuente vieja, cuando las sirvientas y las mozas de las casas iban a por agua, los mozos nos acercábamos para hablar con ellas, para ‘festejarlas’, si era menester.

-Ya entiendo.

-Lo dudo, ‘mocé’. No creo que te puedas imaginar semejante teatro. Era el único momento del día que podías ir a charrar con las chicas. Entonces había muchas. En las casas ricas había muchas sirvientas. Ahora vais todo el día juntos.

Daba la sensación de que el joven intentaba imaginar la escena que el abuelo le contaba y, de vez en cuando, deja escapar algunos gestos de incompreensión, arrugando la frente cuando estiraba sus cejas hacia arriba. Se saca una bolsa de pipas del bolsillo del pantalón y se echa un puñado en la mano izquierda. Luego, arruga la bolsa y se la vuelve a meter al bolsillo.

El ruido de las cáscaras al abrirlas con los dientes se hace dueño de todo, mientras que ninguno de los dos habla. Era extraño que todavía no hubiera llegado ningún otro abuelo. A esas horas de la tarde, el Banco Azul tendría que estar a rebosar, con todos los puestos ocupados y con alguna conversación más que finiquitada. Sin embargo, por extrañeza, el joven que se había acostumbrado a pasarse por allí casi todas las tardes, por el gusto que le había cogido a acompañar al viejo y escuchar las conversaciones tan agradables que los se llevaban casi siempre entre manos, miraba hacia la cuesta de la panadería o hacia la casa del médico, esperando a que apareciera algún contertulio más, por miedo a que el viejo se cansara de esperar y de hablar y quisiera abandonar el escaño azul, temiendo que pensara que su compañía no era más que un incordio, un joven curioso que no para de preguntar.

-Parece que tardan.

-¿Qué tarda quién?

-Los demás. Tus amigos.

-A estas edades nadie tarda, ni se retrasa, porque no tenemos prisa.

-Pero no deja de ser extraño. En todos estos días, siempre llegabais a la misma hora. Y siempre los mismos.

El abuelo no contesta y después de levantar la cabeza rápidamente, como si quisiera mirar al chico, con cierta alegría por intuir que se había dado cuenta de lo que los viejos como él hacían, volvió a echar la cabeza entre sus piernas, como si mirara la punta del bastón que, de vez en cuando, vuelve a golpear en el suelo, como si quisiera canturriar, con la constancia de los toquecitos, cualquier tango antiguo o un bolero bailado con alguna joven que le pudiera venir al recuerdo plagado de imágenes sueltas, de historias inacabadas.

El abuelo vuelve a conversar.

-No vendrán porque, a lo mejor, ya no tienen nada qué contar.

-Lo dudo.

-¿Por qué?

-No sé. Son muchos años los que habéis vivido.

-Eso no quiere decir que haya cosas que contar. Algunos han tenido vidas muy jautas.

-Pero sólo por el tiempo que le ha tocado vivir...

-Pues ni eso.

-La guerra, la postguerra. ¡Qué sé yo!

-Ni con eso. Hay quien en la vida se apartaba siempre y se limitaba a sobrevivir.

-No sé qué quieres decir.

El abuelo apoya la mano izquierda en la madera del banco y que le ayuda para levantarse. Luego, alarga el bastón y golpea con la punta, muy despacio, la pantorrilla desnuda del chico, que lo observa con detenimiento y le sonríe. Antes de echar a andar, el abuelo le advierte:

-No te creas todo lo que te dice un viejo, porque puede que lo que diga sea para intentar quedar siempre bien con todos, como es normal.

El viejo le hace un gesto con la cabeza a su nieto, sin poder mirar a nada, a ningún lugar, que hace el amago de emprender el camino a su lado de vuelta a casa, hacia la cuesta de la panadería de José, atento a ser los ojos de su abuelo, mientras que le coge con la mano por el hombro, dejando una imagen continua para el recuerdo de un joven curioso que piensa si él tendrá ocasión de poder contar sus historias, en un futuro lejano y viejo.

El abuelo vuelve a conversar

Javier Ferrández Lafuente